



¿Qué significa leer y escribir?

~

FRANCISCO CAJIAO

Una reflexión inicial

Hace poco, en un encuentro de maestros escuché una anécdota muy divertida que me ha puesto a pensar en los muchos años que he dedicado a la educación.

Me decía mi interlocutor que en una universidad muy prestigiosa se programó una conferencia magistral de un experto en neurociencias y desarrollo del aprendizaje. Puntualmente se presentó el profesor ante un muy nutrido público de académicos y estudiantes y comenzó diciendo con gran certeza que en los últimos tres años había enseñado a hablar a su perro. Después de un silencio expectante, añadió: también le enseñé a hablar en inglés. El silencio y las miradas de intriga entre los asistentes se repitieron. De inmediato, antes de que nadie dijera nada, se adelantó a decir que además tenía el perro allí mismo y que si querían verlo. Ante los gestos de afirmación de algunos asistentes fue al vestíbulo del auditorio y trajo un perrito blanco muy bonito, lo puso sobre la mesa del escenario y esperó. Naturalmente el perro se contentó con estar allí. Finalmente alguien se atrevió a decir: ¿no dijo que el perro hablaba? El catedrático, entonces, dijo: “Les he dicho que en los últimos tres años le he enseñado a hablar, pero nunca dije que hubiera aprendido”.

~Notas~



Creo que la anécdota es más que suficiente. Durante años enseñamos a los niños muchas cosas. Entre otras, y quizá la más importante, le dedicamos mucho tiempo a enseñar a leer, pero las pruebas y evaluaciones nacionales e internacionales muestran que no han aprendido. A muchísimos ni siquiera les gusta. Aunque tal vez lo que les molesta es la idea de leer como leemos los adultos, porque la verdad es que desde muy pequeños, desde que nacen, están leyendo miles de cosas que sí les gustan.

De cualquier manera, lo importante es explorar de qué manera pasamos del lado del enseñar cosas a la orilla del cómo se aprenden, incluyendo la habilidad de leer.

Ojalá estas páginas contribuyan a una reflexión sencilla sobre la experiencia cotidiana de los habitantes de un planeta en el que las palabras siempre van por delante de las cosas.

Resolver acertijos

Tal vez no haya mejor definición de lo que significa leer que el esfuerzo permanente por resolver acertijos o, mejor todavía, develar misterios.

Un texto escrito, un mapa, una baraja de naipes o un gráfico estadístico comienzan a significar algo cuando disponemos de una clave que nos permite descifrarlos para descubrir lo que nos quieren decir.

La gente acude a los adivinos que saben leer las líneas de la mano. Los astrónomos leen las estrellas. Los ingenieros constructores leen los planos que han diseñado otros. Los músicos leen partituras. Los niños pequeños leen los gestos que hacen sus padres.

La vida entera de un ser humano depende de su capacidad de leer todos los signos que le permiten saber quién es, cómo lo ven los demás, lo que necesita, los peligros que lo amenazan, lo que piensan los demás, la forma como deben proceder en cada situación. Para desplazarse por una ciudad es necesario estar leyendo todo el tiempo mapas, placas con



el nombre de las calles, letreros que anuncian el nombre de negocios y restaurantes. Cuando dos personas se encuentran tienen que leer lo que cada uno dice, la forma como lo dice, la expresión del cuerpo de quien habla, el tono de voz, el acento particular de su vocalización.

Saber leer, entonces, no es solamente un ejercicio de asignar sonidos a unas letras para armar palabras que luego estructuran frases. Esta es solo una clave inicial que abre una rendija al inmenso horizonte de posibilidades que se esconden detrás del garabateo ordenado en líneas más o menos regulares sobre una hoja de papel.

Leer es un ejercicio continuo. En muchos casos se aprende de manera espontánea, porque desde el nacimiento se está en contacto con signos que aprendemos a descifrar de la mano de los padres, los hermanos y los parientes. Pero hay otros signos más difíciles de comprender para descifrar lo que contienen los múltiples lenguajes que usamos los seres humanos.

Hace falta un proceso bastante complicado para diferenciar las letras del abecedario y aprender a combinarlas hasta que adquieren el poder mágico de las palabras. Y luego se debe aprender a combinar palabras que logran significados múltiples dependiendo de cómo estén ordenadas, del contexto en el que aparecen, a veces del tamaño, el color o la forma que tengan, de la época en que fueron escritas, del papel que las soporta...

Para todo esto hay claves que deben aprenderse, mecanismos que ayudan a descifrar sus contenidos ocultos, preguntas que se deben hacer a esos textos que siempre tratan de ocultar su verdadero significado o su intención más profunda.

Leer es, entonces, la capacidad de descubrir significados escondidos y, por tanto, quien sabe leer de verdad tiene la posibilidad de ver muchas más cosas en el mundo que aquel que no domina esta habilidad.

~Notas~



La lectura es una forma de conocer lo que nos rodea, más allá de lo que puede apreciarse a simple vista. Se puede, a través de ella, penetrar en lo que otros seres humanos saben y piensan, sin importar si están vivos, si están presentes, si pertenecen a nuestra misma cultura o si dejaron su rastro hace miles de años.

Por eso, la lectura es el vehículo esencial de toda construcción humana, en tanto que permite no solamente comunicarse con otros, sino apropiarse de otras experiencias y comprender lo que otros comprendieron en su momento y en sus circunstancias particulares. De esta manera, cada persona que sabe leer puede explorar los aspectos más insospechados de la historia del mundo y de la humanidad, y también puede hacerlo dentro de sí misma todos sus propios misterios y dar inicio a la construcción de nuevos mundos interiores.

Ahora bien, el problema es cómo se enseña a leer. Cómo se aprende a leer. Qué significa aprender esta mágica habilidad que nos hace tan diferentes de otras especies y que nos diferencia también como individuos.

Tal vez lo mejor sería no enseñar, para que no nos ocurra lo mismo que al perro del amigo de mi amigo. ¿Qué tal si tomáramos un libro y le sugiriéramos a un grupo de niños que se trata de un objeto mágico, lleno de misterios por descubrir, pero capaz de darnos las respuestas si sabemos conversar con él? ¿Qué tal si con este preámbulo dejáramos que lo miraran, lo tocaran, pasaran sus páginas y luego comenzaran a hacerle preguntas? ¿Qué preguntarían?

Seguramente querrían saber qué dice –porque los libros hablan–, para algunos sería importante saber quién lo escribió o quién hizo las ilustraciones, y a lo mejor algún pequeño más agudo querrá saber por qué hay algunas letras más grandes que están en otro color, y luego habrá quienes directamente se ocupen de elementos de la historia que trata el libro... Cada pregunta abre una clave de lectura diferente, aunque todavía los niños no conozcan el abecedario. Pero ya han iniciado un diálogo con su libro, ya querrán las respuestas, ya están preocupados por la historia... esto, desde luego, es muy diferente a descifrar la eme con la a, que suena “ma”.



Leer signos

El ser humano, desde su nacimiento, está rodeado de objetos de la naturaleza y de signos que constituyen el universo humano en el cual tendrá que moverse a lo largo de toda su vida.

A través de nuestros sentidos estamos en contacto con objetos con los cuales establecemos una permanente interacción, mediante la cual vamos conociendo sus propiedades particulares y la forma como nuestro cuerpo se puede relacionar con ellos. Distinguimos, a través de los sentidos, el frío, el calor, la característica de las superficies, las propiedades de forma, peso, textura. Así, poco a poco, los niños muy pequeños van aprendiendo a leer un entorno en el cual pueden moverse adecuando su cuerpo y sus sentidos a las condiciones del ambiente en el que habitan. A toda esta experiencia corporal se le van poniendo nombres: grande, pequeño, duro, blando, afilado, pesado...

El diálogo continuo entre la experiencia y las palabras es el que nos permite enriquecer nuestro paso por la vida, comprender a otros y ser entendidos por ellos. Pero se requieren las dos cosas: la realidad y el lenguaje. Solo realidad sin lenguaje nos ubica en el mismo nivel de un animal muy inteligente pero incapaz de expresar sus aprendizajes. Solo palabras que no podamos relacionar de algún modo con experiencias vividas nos dicen muy poco y terminan siendo eso: solo palabras. Eso les pasa a muchos niños, que no entienden lo que leen porque tienen poca oportunidad de experimentar y comprender la experiencia y porque en su medio social y cultural se usan muy pocas palabras. Por eso, frente a un texto parecen perdidos, carentes de todo interés y como si esas líneas de signos no tuvieran forma de ser traducidas a la propia experiencia vital para ampliarla y darle sentido.

Un niño que ha crecido en un ambiente urbano se puede mover con facilidad en construcciones arquitectónicas complejas donde abundan

~Notas~



puertas, escaleras, recovecos, máquinas, instalaciones eléctricas, equipos de comunicaciones. Del mismo modo, el que ha crecido en un ambiente natural completamente distinto, como un desierto, por ejemplo, sabrá moverse por allí, encontrar agua, caminar sobre la arena caliente, identificar peligros, hacer fuego, orientarse por el paisaje. Así, por su experiencia, su familia y su lengua serán dueñas de unas palabras muy propias que les sirven para comunicarse en sus espacios y ambientes. Si estos niños se intercambiaran de un momento a otro y se los dejara solos por unos días se haría muy evidente la dificultad de cada uno de ellos para moverse con facilidad en un medio extraño y sería fácil constatar la inmensa cantidad de aprendizajes que se requieren para descifrar el medio en el cual nos movemos y comunicar a otros nuestras experiencias y necesidades, aún si se usan las mismas palabras.

Aprender a leer, entre otras cosas, es precisamente eso: entender más allá de las palabras, entendiendo quién las dice, en qué contexto, con qué intención. Como cuando conversamos con otra persona. Si la conocemos muy bien, la sabremos leer muy bien, de manera que cada gesto y cada cambio de entonación y cada silencio podrán ser interpretados de manera adecuada. Pero cuando conocemos a alguien por primera vez requerimos mayor esfuerzo para comprender completamente lo que nos dice. Incluso con frecuencia llegamos a entender todo lo contrario de lo que la otra persona quería comunicarnos. Lo mismo ocurre con la lectura, cuando no estamos familiarizados con un tema, con el autor o con el estilo. Por todo esto, como decía al principio, aprender a leer es aprender a descifrar misterios y resolver acertijos, que es, en últimas, el oficio más fascinante para el ser humano: ir más allá de lo obvio, penetrar en la entraña oculta de los demás seres humanos y del universo.



¿Qué se lee y qué se escribe?

Esta es una pregunta central cuando se quiere avanzar socialmente hacia una manera más humana de vivir la vida. Los niños, los jóvenes, los adultos y los ancianos construyen cultura en la medida en que son capaces de comunicar sus percepciones del mundo, sus anhelos, sus sufrimientos, sus ideas, sus relatos. Esta es la función central de la lengua. Pero para trascender el tiempo y las distancias, para superar la multitud, surgió el texto que es la objetivación del pensamiento a través de una enorme variedad de signos susceptibles de ser conservados, reproducidos e interpretados sin importar las barreras que imponen el tiempo y las distancias.

Lo que se lee y lo que se escribe son textos y los textos no son otra cosa que variadísimos receptáculos de memoria humana. En los textos se guarda lo que los seres humanos piensan y sienten, el resultado de sus pactos y acuerdos para convivir, sus representaciones del mundo, sus invenciones e ilimitados actos de creación individual y colectiva que han conducido a lo largo de la historia a transformar el mundo, los modos de vida, las organizaciones sociales, las concepciones sobre la vida. La memoria convertida en texto guarda lo que cada persona es capaz de pensar de sí misma, la forma como elabora su experiencia, el recuerdo del pasado.

Por esto recuperar la memoria perdida de los pueblos que no escriben, de las comunidades que no han tenido oportunidad de consignar su versión de los hechos que las han afectado, de las creaciones que han quedado ocultas en el silencio del tiempo es parte del ejercicio de construcción de una cultura que no puede reducirse a escasas minorías capaces de convertir su propia memoria en la única versión del transcurrir humano.

Un programa de fomento de la escritura y de la lectura es en esencia la exaltación de los textos que todas las personas pueden producir a partir de su propia experiencia creadora.

~Notas~



Inducir a los niños, desde la primera infancia, a consignar su visión de la realidad material, espiritual e imaginada es la tarea de una escuela consciente de su función cultural. Más allá del desciframiento de los signos escritos, claves para penetrar en la herencia universal, lo más importante es comprender que esos mismos signos, sean ellos palabras, relatos, poemas, dibujos, mapas, diagramas, fotografías, videos y toda la variedad de formas expresivas que nos permiten ser comunidades de significado, son las herramientas con las cuales se deja una huella en el tiempo.

Leer y escribir deben ser ejercicios del espíritu, antes que habilidades mecánicas o mecanismos de desciframiento de signos convencionales. Cuando se producen textos reales, es decir, objetos simbólicos que transmiten experiencia humana, se comprende mejor el significado de todos aquellos textos que circulan en la sociedad y que son susceptibles de ser leídos para enriquecer la propia vida.

A partir de esta conciencia del tiempo que constituye la memoria histórica es posible iniciar el camino a todas las literaturas –textos compuestos de palabras–, todas las iconografías –textos plasmados en imágenes–, todas las músicas –textos escritos en partituras multiformes–...

Desde los primeros días de su vida los seres humanos se convierten en descifradores de signos y la familia, la escuela y el conjunto de la sociedad tienen en sus manos la responsabilidad de ayudar a que todos los miembros de la comunidad puedan acceder a las formas de expresión más variadas posibles, tanto para comprender lo que los rodea como para consignar sus propias creaciones.



“Escribir para experimentar. Tomar todo lo que tengo en mi cabeza y en el corazón y darle forma. La escritura es un molde. Cada vez que profundizo en la escritura, siento que me entiendo mejor”.

Óscar Humberto Mejía Blanco, autor del cuento *La hoja de papel*.
Estudiante ganador de la tercera categoría
del 4.º Concurso Nacional de Cuento.

“La lectura y la escritura me permiten crecer y hacer parte de un mundo fantástico en donde todo es posible, me dan libertad y grandeza, puedo hacer y decir lo que siento, lo que espero y lo que quisiera que sucediera. Leer y escribir es poder mover el mundo desde tu imaginación”.

Gabriela Valentina Galvis Cely, autora del cuento *La verdad sobre las moscas*.
Estudiante ganadora del 4.º Concurso Nacional de Cuento.

